

CAMBIAR LA CONCIENCIA, CAMBIAR LA REALIDAD. (LA NECESIDAD DE UN NUEVO PENSAMIENTO, DE UNA NUEVA EDUCACIÓN Y DE UNA NUEVA PRAXIS SEGÚN LA LAUDATO SI)

Vicente Ramos Centeno
Doctor en Filosofía. Catedrático de EE.MM. Ensayista

RESUMEN

La encíclica Laudato si no es una encíclica verde. Es una encíclica social, crítica con el modo de vida que nos hemos dado y que nos ha llevado a la presente crisis social y ambiental. Es ésta una crisis de la Modernidad que proviene de haber reducido la razón a razón instrumental, y que nos ha conducido a la degradación moral y a la burla de la ética, de la bondad, de la honradez y de la fe. Francisco propone un cambio, de pensamiento, de educación y de praxis. Para ello recupera los conceptos de naturaleza y de naturaleza humana, y apuesta por un ecologismo integral que defienda la vida y a los pobres, supere el paradigma tecnocrático y vuelva a mirar a la historia con los ojos de la esperanza. "Caminemos cantando", nos anima Francisco.

ABSTRACT

Encyclical letter Laudato si is not a green encyclical. It is a social encyclical that questions the lifestyle we have chosen for ourselves, that has led to the present social and environmental crisis. This is a crisis of Modernity that has its origins in having reduced reason to instrumental reason, and has led to moral degradation and the mockery of ethics, goodness, honesty and faith. Pope Francis proposes a change of thinking, education, and praxis. To achieve this, he regains the concepts of nature and human nature, and pleads for an integral ecology that protects life and the poor, overcomes the technocratic paradigm and reevaluates history with eyes of hope. Francis encourages: "Let's walk singing".

PALABRAS CLAVE: *Naturaleza, naturaleza humana, ecología integral, pobres, bien común, paradigma tecnocrático, racionalidad instrumental.*

KEY WORDS: *Nature, human nature, integral ecology, the poor, common good, technocratic paradigm, instrumental rationality*

INTRODUCCIÓN

Seguramente la encíclica Laudato si del papa Francisco no es exactamente lo que se ha pretendido hacer ver en la mayor parte de los medios de comunicación. Es decir, se nos ha

presentado dicha encíclica como una encíclica verde, como un documento en el que el problema sería la cuestión ecológica, la crisis ambiental. Pero la encíclica es mucho más, plantea una serie

de cuestiones mucho más amplias de lo que lo haría un documento reducido a una reflexión sobre el problema ecológico, cuestiones todas ellas interrelacionadas, como no se cansa de decir Francisco. Puede decirse que de lo que habla este documento del actual Papa es de la decisiva encrucijada en que se encuentra hoy la humanidad, en la que la crisis ambiental es, sin duda, un asunto muy grave, pero relacionado con la crisis general de civilización.

La encíclica es muy rica, juega con muchos conceptos y es digna de un estudio más amplio. Pero, dado el espacio de que dispongo aquí, haré primero en unos cuantos puntos un resumen general de sus asuntos y de las tesis defendidas, y luego hablaré de lo que dice Francisco acerca de la necesidad de cambiar de pensamiento, de una formación diferente de nuestros espíritus y de una praxis vital distinta, buscando un nuevo modo de vida en esta hora crucial de la humanidad.

1.- LO QUE ES LA ENCÍCLICA

Como digo, la encíclica *Laudato si* no es una encíclica verde, como a veces ha querido presentarse. El mismo Francisco se ha referido a ello de múltiples maneras, según veremos. Quiero decir que no es una encíclica que minusvalore para nada al hombre o que divinice la naturaleza. Sin duda, la preocupación por "nuestra casa común" (LS 3) es constante en todo el texto, y en ello coincide con la sensibilización actual ante un problema que ha sido también visto por el pensamiento importante de nuestro

tiempo, como el de Hans Jonas o, entre nosotros, el de Gómez-Heras. Hay, pues, una clara sensibilidad en la encíclica para eso que Gómez-Heras ha dicho que es el "tema de nuestro tiempo". Pero Francisco, que habla de "ecología humana" y de "ecología integral", expresamente dice que su encíclica se inscribe en la tradición de las encíclicas sociales de los Papas desde el siglo XIX. En su documento están recordadas la *Pacem in terris* de Juan XXIII, la *Populorum progressio* y la *Octogesima adveniens* de Pablo VI, la *Centesimus annus*, la *Sollicitudo rei socialis* y la *Laborem exercens* de Juan Pablo II, y la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI, así como su Discurso en el Bundestag, recordado más de una vez (LS 6 y 155) y tan importante en la defensa de la naturaleza humana. Quizá la más citada sea la encíclica de Benedicto XVI *Caritas in veritate*, donde la sensibilidad ecológica, ya presente también en los Papas anteriores, es bien notoria. Naturalmente también cita otros documentos y su propia exhortación *Evangelii gaudium*.

Francisco dice expresamente que esta encíclica *Laudato si* "se agrega al Magisterio social de la Iglesia" y que en ella propone "una ecología que, entre sus distintas dimensiones, incorpore el lugar peculiar del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea" (LS 15). Se trata, pues, de eso, de una encíclica social, en la línea de las de los anteriores Papas, pero teniendo en cuenta la actual situación de la humanidad, con la crisis ecológica, la situación de los pobres, "la cultura del descarte", el paradigma social y económico reinante, la hipertrofia de la

razón instrumental, etc., y la necesidad de proponer "un nuevo estilo de vida"(LS 16).

2.- EL PROBLEMA ECOLÓGICO EN EL CONTEXTO DE LOS PROBLEMAS DE HOY

Vivimos, según Francisco, en un modelo de existencia que puede provocar daños irreversibles a la vida. De hecho, ya ha producido muchos. La contaminación, por ejemplo, produce ya daños a la salud, "especialmente de los más pobres"(LS 20). Estamos convirtiendo la tierra en "un inmenso depósito de porquería"(LS 21). No podemos seguir con estos modelos de producción y consumo, no podemos continuar con esta "cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura"(LS 20). El nivel de consumo actual de los países más desarrollados y de los sectores más ricos de la sociedad mundial, "donde el hábito de gastar y tirar alcanza niveles inauditos"(LS 28), está claro que no puede sostenerse. Nuestros modos de producción y consumo están contaminando el agua, los pobres en muchos países tienen muchas dificultades para acceder al agua potable, eso cuando no se tiende a privatizar este bien y que sea controlada por grandes empresas mundiales(Cf. LS 30).

La tierra está herida y en peligro, dice Francisco. Hemos de tomar medidas. Están desapareciendo selvas y bosques, están desapareciendo muchas especies vegetales y animales por nuestra acción, privándonos así de posibles futuros

recursos y de realidades "que tienen valor en sí mismas"(LS 33). Nuestra acción está muchas veces "al servicio de las finanzas y del consumismo"(LS 34), haciendo de la tierra una realidad mucho menos rica y mucho menos bella. Se detiene el Papa en las barbaridades que se están haciendo en los ecosistemas tropicales, introduciendo cultivos extraños, guiados solamente por el afán del beneficio rápido. Se está produciendo la destrucción de esos "pulmones del planeta repletos de biodiversidad que son la Amazonia y la cuenca fluvial del Congo"(LS 38), la destrucción de los glaciares y de los acuíferos, la destrucción de las barreras de coral, la deforestación, la introducción de los monocultivos agrícolas, los vertidos industriales contaminantes, los métodos destructivos de pesca, etc. Es hora de actuar y de comprometernos con el cuidado de "la casa común".

3.- CRÍTICA DE LOS MODELOS DE PRODUCCIÓN Y CONSUMO Y PREOCUPACIÓN POR LOS POBRES

Todo este ataque a la naturaleza es, al fin, un ataque al hombre, piensa Francisco. Ataque que se manifiesta en la degradación ambiental, en esas ciudades invivibles e inhumanas, donde puede haber una parte de la ciudad "segura" y con espacios verdes, pero donde esas cosas no existen "en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad"(LS 45). Y también en otros efectos sociales que el actual modelo de progreso, y más después de la última crisis, está produciendo. El Papa nos llama la atención sobre algunos cambios para peor que se están dando en nuestras

sociedades, como "los efectos laborales de algunas innovaciones tecnológicas, la exclusión social, la inequidad en la disponibilidad y consumo de energía, la fragmentación social"(LS 46). Por no hablar también de otros muchos horrores: el crecimiento de la violencia, el narcotráfico, el consumo de drogas, etc. De modo que es bien claro que no todo ha sido progreso en los últimos siglos, ni siquiera en el reciente campo de "los medios del mundo digital", que también tienen sus ambivalencias (LS 47).

Y todo esto hace daño sobre todo a los pobres. La preocupación por ellos es constante en toda la encíclica. Francisco sabe bien lo que pasa en el Tercer Mundo y en los submundos que hay también dentro de los países desarrollados. Y es que, "de hecho, el deterioro del ambiente y el de la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta"(LS 48). Y cita en este punto Francisco un documento de la Conferencia Episcopal Boliviana donde se dice que "los más graves efectos de tales agresiones ambientales los sufre la gente más pobre del planeta"(Ib.). El modelo de desarrollo que se impone hoy en el mundo no tiene en cuenta los modos de vida de muchos pueblos y de muchos hombres y ni siquiera hay conciencia de cómo los cambios impuestos afectan a la vida de muchos. Como dice Francisco, "no suele haber conciencia clara de los problemas que afectan particularmente a los excluidos"(LS 49). Pero claro, añade, "ellos son la mayor parte del planeta, miles de millones de personas"(Ib.). Y curiosamente eso a veces convive con un cierto "discurso verde", pero inauténtico, claro está. Porque un verdadero

planteamiento ecológico, añade el Papa, siempre termina convirtiéndose en un planteamiento social que integra "la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres"(Ib.). Hay que cambiar de rumbo. El clamor de la tierra, que nunca habíamos herido tanto como en los dos últimos siglos, se une al clamor de los abandonados para reclamarnos ese cambio (Cf. LS 53).

Claro, los hay que han encontrado rápidamente la causa de estos problemas, y no en las cosas que estamos diciendo, sino en lo que llaman la superpoblación. Esto, como sabemos, es un viejo cuento muy del mundo anglosajón desde Malthus. Ahora es también cosa repetida por eso que se sigue llamando la izquierda. Yo recuerdo la afirmación, que considero bien falta de verdad, hecha hace ya varias décadas por Popper en *El yo y su cerebro*, de que el problema de la superpoblación era "el más grave de los problemas sociales de nuestro tiempo". También recuerdo cómo fue acogido en España con aplauso en su momento el libro de Wolfgang Harisch *¿Comunismo sin crecimiento?*, donde se pretendía algo así como una síntesis entre marxismo, malthusianismo y ecologismo. Estas tesis, en una España desertizada, por ejemplo, con regiones que tienen hoy menos habitantes que en el tiempo de Felipe II, pero mucho más viejos, se han mostrado como soberanamente equivocadas. Observa Francisco cómo en este mundo en que estamos "en lugar de resolver los problemas de los pobres y de pensar en un mundo diferente, algunos atinan sólo a proponer una reducción de la natalidad"(LS 50). Por eso se presiona a

los países en desarrollo, sin abordar realmente los problemas derivados de mantener y legitimar "el modelo distributivo actual", donde una minoría consume de un modo que sería imposible para toda la población mundial (Cf. ib.). Y añade: "Además, sabemos que se desperdicia aproximadamente un tercio de los alimentos que se producen"(Ib.). Pero no se tienen en cuenta estas cosas y no se tiene en cuenta la verdadera "deuda ecológica" entre el Norte y el Sur, la explotación de sus recursos, la exportación al Sur de residuos tóxicos, la actividad contaminante de tantas empresas que hacen en el Sur lo que no se les permite en los países más desarrollados (Cf. LS 51).

Y es que vivimos, afirma Francisco con fuerza, "en un sistema de relaciones comerciales y de propiedad estructuralmente perverso"(LS 52), en que "los pueblos en vías de desarrollo, donde se encuentran las más importantes reservas de la biosfera, siguen alimentando el desarrollo de los países más ricos a costa de su presente y de su futuro"(Ib.). Estas son las palabras textuales del Papa, palabras fuertes, sin duda, y que han causado cierto escozor en algunos, aquellos que se han creído las tesis de Fukuyama de que había llegado nada menos que "el fin de la historia", y que este fin era el orden neoliberal actual. Pero la realidad hace años que ha desmentido esas tesis y hoy los problemas ecológicos y los problemas humanos, sociales, educativos y culturales, son ineludibles. No nos vale seguir en una sociedad en que la política está sometida "ante la tecnología y las finanzas"(LS 54) y donde "el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a

manipular la información para no ver afectados sus proyectos"(Ib.). En nuestro mundo priman la "especulación" y "búsqueda de la renta financiera", y "la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas"(LS, 56). Contra todo esto no vale "una ecología superficial y aparente", mientras seguimos "con nuestros estilos de vida, de producción y de consumo"(LS 59). Hay que cambiar de rumbo, hay que revisar ese pensamiento que nos ha llevado a esta situación, peligrosa para la misma existencia de la humanidad.

4.- EL HOMBRE COMO CENTRO

En Francisco, como quizá en todo pensamiento serio, la preocupación por la naturaleza es, al fin, una preocupación por el hombre. Por eso, todo lo dicho no significa que el papa Francisco quiera renunciar al antropocentrismo cristiano. Sin duda, ha habido en la Modernidad un antropocentrismo "desviado"(Cf. LS 118), pero reconocer eso no significa renunciar a la idea de la preeminencia del ser humano, "no significa igualar a todos los seres vivos y quitarle al ser humano ese valor peculiar que implica al mismo tiempo una tremenda responsabilidad"(LS 90). Esa idea de que el hombre es el valor central, que el mismo Marx (y antes Feuerbach y luego Bloch) reconocía como encerrada en el núcleo del cristianismo, es reivindicada por Francisco, que dice muy sensatamente que "a veces se advierte una obsesión por negar la preeminencia a la persona humana y se lleva adelante una lucha por otras especies que no

desarrollamos para defender la igual dignidad entre los seres humanos"(LS 90). Piensen los lectores, por ejemplo, permítaseme añadirlo, en tantos grupos defensores de los animales, críticos, por ejemplo, con la tauromaquia, y que tan alegremente se dedican también a la defensa del aborto y de la eutanasia.

La doctrina de la preeminencia de la persona humana es doctrina cristiana fundamental y también Benedicto XVI en la *Caritas in veritate* dice que siempre "debe quedar a salvo el principio de la centralidad de la persona humana"(CV 47) y que no se ha de "considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma"(CV 48). Lo que necesitamos no es, pues, minusvalorar al hombre, sino una ecología que "incorpore el lugar peculiar del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea"(LS 15). Lo que necesitamos no es olvidar la "dignidad infinita"(Cf. LS 65) que tiene todo ser humano, sino, reconociendo ésta, reconocer también el "valor en sí mismas" que tienen las demás criaturas (Cf. LS 69). Porque la naturaleza no puede ser sólo "objeto de provecho e interés"; tratarla de ese modo tampoco es bueno para el hombre y la sociedad (Cf. LS 82). Y ésta también es tesis cristiana. En la Biblia, dice Francisco, no hay lugar para "un antropocentrismo despótico que se desentienda de las demás criaturas"(LS 68).

De modo que no lleva razón la acusación lanzada por cierto pensamiento ecologista contra la concepción judeo-cristiana de la naturaleza. Dice Francisco: "Se ha dicho que, desde el relato del Génesis que invita a 'dominar' la tierra(Cf. Gn 1, 28), se favorecería la explotación

salvaje de la naturaleza presentando una imagen del ser humano como dominante y destructivo"(LS 67). Pero esto no es una interpretación correcta de los textos bíblicos, que evidentemente desmitificaron la naturaleza (Cf. LS 78), lo cual fue un avance del espíritu. Contra ciertos ecologismos que yo llamaría irracionales, Francisco nos advierte que el retorno a la naturaleza que hoy se pide "no puede ser a costa de la libertad y de la responsabilidad del ser humano"(LS 78), cuya preeminencia no hemos de negar, afirmando también su responsabilidad con la naturaleza y la necesidad de terminar "con el mito moderno del progreso material sin límites"(Ib.).

En el cristianismo no hay desprecio de la naturaleza. En la Biblia el mundo es presentado como criatura de Dios, como manifestación de la grandeza de Dios. Y Cristo, que "vivía en armonía plena con la creación"(LS 98), no apareció sobre la tierra "como un asceta separado del mundo o enemigo de las cosas agradables de la vida"(Ib.). Él está muy lejos "de las filosofías que despreciaban el cuerpo, la materia y las cosas de este mundo"(Ib.). Cristo comía y bebía vino (Mt 11, 19) y el cristianismo no prohíbe alimento alguno (Hch 10, 15) ni desprecia aspecto alguno de la vida. Cristianismo no es catarismo ni gnosticismo. En el cristianismo Dios se ha hecho hombre, "se insertó en el cosmos creado, corriendo su suerte con él hasta la cruz"(LS 99). Y el cristianismo afirma luego la resurrección real del sepulcro, Cristo resucitado tiene cuerpo, no es un fantasma (Lc 24, 39), en Él la naturaleza ha sido elevada a la condición que espera también a los demás hombres.

El origen de la destrucción de la naturaleza está, por tanto, en otra parte, está en los errores de partida de la Modernidad y en su actual quiebra. Francisco se da cuenta de que el error que está en el principio de nuestros problemas es la moderna separación entre fe y razón, lo que llevó a un determinado desarrollo de la razón en un sentido tecnocrático, antihumanista, y que no considera la naturaleza sino como una fuente de materiales de explotación. La degradación del ambiente y los problemas de los pobres tienen que ver con la pérdida del sentido de la vida y con la fragmentación de los saberes que han perdido el sentido del conjunto (Cf. LS 110). Hay, pues, que reivindicar una nueva mirada sobre el mundo que resista al paradigma tecnocrático (Cf. LS 111).

Y hay que reivindicar la razón y su armonía con la fe. Francisco podría decir lo que Benedicto XVI: "Razón y fe se ayudan mutuamente. Sólo juntas salvarán al hombre. Atraída por el puro quehacer técnico, la razón sin la fe se ve avocada a perderse en la ilusión de su propia omnipotencia. La fe sin la razón corre el riesgo de alejarse de la vida concreta de las personas"(CV 74). Lo que ha pasado en estos últimos siglos es que el antropocentrismo moderno, ese antropocentrismo "desviado", "paradójicamente, ha terminado colocando la razón técnica sobre la realidad"(LS 115), lo que ha llevado, al fin, a perder no sólo el aprecio a la naturaleza por lo que es, sino el mismo concepto de naturaleza humana y, con ello, todo fundamento de norma válida. Pero el hombre, dice Francisco citando a Juan Pablo II, "debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido

dotado"(Ib.). De lo contrario pasará, y ya está pasando, lo que dice Benedicto XVI, que el mundo rico ya no será capaz de reconocer lo justo y lo humano y, por tanto, tampoco a los pobres que llaman a su puerta(Cf. CV 75). Y añade Benedicto XVI. "Dios revela el hombre al hombre; la razón y la fe colaboran a la hora de mostrarle el bien, con tal que lo quiera ver; la ley natural, en la que brilla la Razón creadora, indica la grandeza del hombre, pero también su miseria, cuando desconoce el reclamo de la verdad moral"(Ib.).

Creo que uno de los valores centrales de esta encíclica del papa Francisco, defensora de lo que él llama "una ecología integral", es esta su reivindicación de una adecuada antropología, del valor central del hombre, y de los conceptos de naturaleza humana y de ley natural. La ecología ha de implicar una ecología humana y esa ecología humana "implica también algo muy hondo: la necesaria relación de la vida del ser humano con la ley moral escrita en su propia naturaleza, necesaria para poder crear un ambiente más digno"(LS 155). Y cita otra vez Francisco a Benedicto XVI, en su Discurso en el Bundestag el 22 de septiembre del 2011, cuando dijo que "existe una 'ecología del hombre' porque 'también el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y no puede manipular a su antojo'"(Ib.).

Esta cultura agresiva y tecnológica en que vivimos, que no reconoce a la naturaleza, tampoco reconoce al hombre y su naturaleza. Y, así, no reconoce el valor del pobre, del embrión humano, de la persona discapacitada (Cf. LS 117). Al fin, dice Francisco, la actual crisis ecológica "es una eclosión o

manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad"(LS 119). Crisis que está bien presente en ese relativismo que hoy lo infecta todo. Relativismo doctrinal y práctico (aún más peligroso éste, dice Francisco) que, "junto con la omnipotencia del paradigma tecnocrático y la adoración del poder humano sin límites"(LS 122), domina hoy los espíritus y lleva a que "todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos"(Ib.), concluyendo en la degradación ambiental y social. Todos los males de la sociedad actual, desde la destrucción de la naturaleza a la explotación de los hombres, a la explotación sexual de los niños, al abandono de los ancianos, al tráfico de drogas, de armas, de diamantes y de órganos o al "descarte" de niños no deseados por los padres, tienen que ver con este relativismo que no reconoce una verdad objetiva "o unos principios universalmente válidos"(LS 123).

Hay, pues, que volver a los conceptos de naturaleza y verdad, y naturaleza y verdad del hombre, y hay que sacar las consecuencias necesarias. Toda la encíclica es un continuo tener en cuenta la necesidad de aplicar estas ideas. Pero hablaremos ahora de algunas consecuencias necesarias de todo lo dicho. Sin ánimo de agotar la cuestión, mencionaré sólo algunas. La primera, el rechazo del aborto y la defensa de la vida humana desde su comienzo. No se puede pretender defender la naturaleza y justificar el aborto, "todo está relacionado", repite Francisco, no es posible querer cambiar nuestra mentalidad para defender a los seres más débiles que nos rodean, y no proteger al embrión humano(Cf. LS 120). Es falso

cierto ecologismo muy preocupado por la integridad del ambiente y que no defiende al embrión humano o justifica "que se traspasen todos los límites cuando se experimenta con embriones humanos vivos"(LS 136). Y añade Francisco: "Se olvida que el valor inalienable de un ser humano va más allá del grado de su desarrollo"(Ib.).

"El valor inalienable de un ser humano"... Es evidente que esta encíclica se inscribe en la historia del pensamiento cristiano y su constante defensa del hombre como valor central. La ecología, pues, que hay que defender, como venimos diciendo, no es una ecología que minusvalore al hombre, sino la que Francisco llama "ecología integral", "que incorpora claramente las dimensiones humanas y sociales"(LS 137). La lucha contra los males de este mundo no puede olvidar la relación entre la situación de la naturaleza y nuestra sociedad, porque, dice Francisco, no hay dos crisis "una ambiental y la otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental"(LS 139). Por eso, la solución necesaria conlleva también "combatir la pobreza para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza"(Ib.). El humanismo es, por tanto, necesario, sólo él puede darnos una mirada "integral e integradora" que nos haga abordar los problemas desde la perspectiva hoy exigida (Cf. LS 141).

Y si debemos aceptar y respetar la naturaleza humana, lo que el hombre es, y su "valor inalienable", también es necesario aceptar y respetar el propio cuerpo. Y ello conlleva aceptar la condición sexuada del cuerpo humano, su masculinidad o femineidad. Contra tanta barbarie actual, Francisco defiende que

"una verdadera ecología humana" conlleva aceptar el propio cuerpo "como don de Dios" y, por tanto, "no es sana" - dice- la actitud que pretende "cancelar la diferencia sexual porque ya no sabe confrontarse con la misma"(LS 120). En esto vuelve a aparecer patente esa verdad de que el cristianismo es el único que defiende la razón y la naturaleza. Contra tantas barbaries, que un día serán reconocidas como verdaderas aberraciones, el cristianismo, defensor de la naturaleza humana, nos dice que el hombre lo es como varón o como mujer. Terrible esta época en que lo evidente ha de ser defendido.

Y no podía faltar en esta defensa del hombre y su realidad en nuestros tiempos bárbaros, la defensa de la familia. Citando la encíclica del papa Juan Pablo II *Centesimus annus* (1991) destaca Francisco la importancia central de la familia, porque "es el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta"(LS 213), y añade, siguiendo la cita: "Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede de la cultura de la vida"(Ib.).

Esta constante defensa del valor central del hombre y de la dignidad intrínseca de su naturaleza, lleva a Francisco a criticar "nuestro estilo de vida actual", que "por ser insostenible, sólo puede terminar en catástrofe"(LS 161), y a defender otro modelo económico que recupere la noción de bien común(Cf. LS 156 ss.) y la solidaridad con los pobres y con las generaciones futuras(LS 158 ss.). Francisco cita la *Gaudium et spes* diciendo: "El hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económica

y social"(LS 127). La economía no puede, por tanto, estar al servicio de la búsqueda del máximo beneficio, sino al servicio del hombre. No vale una economía que, en su búsqueda del ahorro y del máximo beneficio, sustituye cada vez más a los hombres por máquinas dejando a los hombres sin trabajo.

A mí me ha parecido muy importante la defensa que hace Francisco del trabajo en esta encíclica. Contra aquellos que vienen a pensar, sean del gremio que se dice de derechas o del que se dice de izquierdas, que el hombre se puede conformar con 400 euros y televisión basura, Francisco defiende algo tan sensato y tan de nuestra cultura como que el hombre es un ser que trabaja, que los seres humanos tienen una profesión, que se realizan construyendo el mundo en armonía con la naturaleza. Quiere el Papa recoger la herencia de la tradición cristiana y de la *Laborem exercens* de Juan Pablo II(Cf. LS 124), y citando también la *Caritas in veritate*, dice que actualmente, más allá de otras consideraciones económicas, "es necesario que 'se siga buscando como prioridad el objetivo de acceso al trabajo por parte de todos'"(LS 127). No podemos continuar haciendo que el desarrollo tecnológico reemplace al trabajo. El trabajo es una necesidad humana; más, es "parte del sentido de la vida en la tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal"(LS 128). Hay que construir una economía al servicio del trabajo, no una economía que prescinda cada vez más de los hombres(Cf. LS 129).

Pero si el hombre es un ser que trabaja, que se realiza trabajando, creando, también es un ser,

complementariamente, que tiene necesidad "del descanso y de la fiesta"(LS 237). En un momento en que esta sociedad supertecnificada, ahogada por una razón instrumental que ha reducido la economía a la búsqueda del máximo beneficio, sin noción del bien común, y haciendo de la vida algo vacío, sin sentido, Francisco reivindica el domingo, "el día de la Resurrección", "'primer día' de la nueva creación"(LS 237). Muy importante es esto en este mundo neoliberal en que el domingo se está anulando o convirtiendo en un día más de compras, con total desaparición del sentido de la fiesta y de la celebración de la vida. Benedicto XVI también ha visto esto en Jesús de Nazaret, donde nos muestra cómo el domingo cristiano ha asumido la función social del sábado judío y cómo desde Constantino se convirtió en "el día de la libertad y del descanso" . Considero que la pérdida del domingo, día de la libertad y del descanso y día de la celebración de la vida, es uno de los síntomas del envilecimiento de nuestro mundo decadente.

Finalmente, una "ecología integral", con el hombre en el centro, que defienda todo lo que hemos dicho, tampoco puede olvidar otra cosa muy importante. "Cuestión central de la ecología humana", dice Francisco, es "la posesión de una vivienda"; y ello "tiene mucho que ver con la dignidad de las personas y con el desarrollo de las familias"(LS 152). Francisco, como en toda esta encíclica, siempre está pensando en los pobres, en tantos millones de ellos que viven en suburbios sin higiene, sin seguridad, sin condiciones adecuadas a un ser humano. Y podríamos pensar que, en un mundo donde hay tanta riqueza, no es

propio de una civilización con conciencia el abandono y el olvido de tantos hombres de las ciudades y del campo, que ni siquiera poseen una vivienda digna.

5.- UN NUEVO PENSAMIENTO, UNA NUEVA EDUCACIÓN, UNA NUEVA PRAXIS

Hay, pues, que cambiar de rumbo, según Francisco. Necesitamos un nuevo pensamiento, una nueva educación y una nueva praxis. Francisco no se conforma con este tiempo presente y sus dogmas neoliberales. Tampoco es que proponga volver atrás en ningún sentido. Ni identifica su propuesta con ningún proyecto político concreto de los que hoy se disputan el mundo, tan parecidos de todos modos, digan lo que digan. Él rechaza este modo de vida consumista y despilfarrador que hace daño a los pobres de la tierra en beneficio de la extensión máxima de la ganancia de ciertos poderes económicos internacionales. Y contra tanta negación del hombre propone un nuevo humanismo, un humanismo "íntegro y verdadero", que diría Benedicto XVI (CV 78), un humanismo que tenga en cuenta los intereses de la humanidad, los intereses de los pobres y el respeto debido a la naturaleza, la patria de la humanidad(Cf. LS 164).

Y este humanismo naturalmente que no debe ser un humanismo ateo. Hay que decir que, aunque Francisco presente humildemente su propuesta, él entiende muy bien que el humanismo que necesitamos, un humanismo preocupado de los pobres y de la naturaleza, no puede ser ateo. Y nosotros podríamos decir

también que aquello que decía Chesterton de que el mundo contemporáneo estaba todo él construido para que los hombres no se puedan plantear la pregunta fundamental, no debemos admitirlo como si fuera natural. No podemos seguir educando a nuestros hijos en el ateísmo real. En Francisco la idea de Dios creador recorre toda su encíclica como recorre también todo el pensamiento de Benedicto XVI, por ejemplo en la Caritas in veritate. En esta encíclica decía Benedicto XVI que "el humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano"(CV 78). Lo mismo piensa Francisco. La "espiritualidad ecológica" que él reclama no puede ser una espiritualidad sin Dios. Así dice: "No podemos sostener una espiritualidad que olvide a Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites"(LS 75). Y dice más: "La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses"(Ib.). Es lo que ha visto también muy bien Benedicto XVI. "El cinismo de un mundo sin Dios" ni respeta la humanidad del hombre, ni a los pobres, ni a la naturaleza .

Hoy esto está muy claro. Ya hemos visto que ha sido precisamente la hipertrofia de la razón técnica, la reducción de la razón a razón instrumental, esa razón que ha matado a

Dios, según la expresión de Nietzsche, la que ha destrozado a la naturaleza y al hombre. Hasta llegar a esa barbarie actual que niega el concepto de naturaleza humana y que tal naturaleza tenga algo que ver con cuestiones de ética o de derecho, dejándonos sin criterio de lo justo y entregándonos en las manos de los que detentan el poder. Francisco ve esto. Él dice que el cambio de forma de vida que necesitamos exige de nosotros desarrollar una "sana humildad y una feliz sobriedad"(LS 224), pero añade que no es fácil desarrollar éstas "si nos volvemos autónomos, si excluimos de nuestra vida a Dios y nuestro yo ocupa su lugar, si creemos que es nuestra propia subjetividad la que determina lo que está bien y lo que está mal"(Ib.). Y podría añadir yo que lo que ocurre hoy es que "nuestra subjetividad", aunque aparenten dejarnos la posibilidad de decir lo que queremos, es la subjetividad de los que tienen el poder político, económico e intelectual. Ella es la que dice hoy lo que es lo bueno y lo justo, según sus intereses.

Necesitamos, piensa Francisco, un pensamiento nuevo y una nueva educación que desemboquen en otro estilo de vida y en otra praxis política (Cf. LS 111). No podemos seguir educando a las nuevas generaciones en este modo de vida consumista, irresponsable, egoísta, que descarta a los débiles, que desprecia la vida, que niega a Dios y niega al hombre. Necesitamos una verdadera "revolución cultural"(LS 114) que nos lleve a una nueva forma de vivir (Cf. LS 206), a nuevos hábitos(Cf. LS 209), una verdadera "conversión ecológica" que nos permita ser "protectores de la obra de Dios"(LS 217).

Por eso necesitamos también otros líderes de pensamiento que creen otra cultura, "construir liderazgos que marquen caminos"(LS 53) y que nos propongan los "grandes fines" que hoy nos faltan, "una comprensión humanista y rica de sentido" que oriente nuestra marcha por la historia (LS 181).

Hemos de cambiar de pensamiento y de educación, y consiguientemente de acción. No hemos de someter ya más la política a la economía y ésta a la tecnocracia (Cf. LS 189 y 196). Política y economía han de estar al servicio de la vida, "especialmente de la vida humana"(LS 189). Hay que "cambiar el modelo de desarrollo global"(LS 194) y orientar el desarrollo humano por otros derroteros que no sean los de la maximización de la ganancia y los de la racionalidad instrumental. Dice Francisco que "ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad"(LS 229), y añade que "llegó la hora de advertir que esa alegre superficialidad nos ha servido de poco"(Ib.). A mí esto me hace pensar en aquello que dijo Bloch: "Existe ya suficiente aniquilación de humanidad" .

6.- CONCLUSIÓN

Tenemos que cambiar. Nuestro modo de vida actual arrasa la naturaleza y arrasa al hombre. Hemos de reconstruir la razón y cambiar de praxis. Pero, ¿qué fuerzas pueden hacer eso? Francisco no desprecia ninguna aportación racional, como tampoco lo hacía Benedicto XVI. Para ellos, desde luego, veritas naturaliter

christiana. Pero no se priva Francisco de ofrecer tampoco la verdad cristiana para esta reconstrucción. Y habría que decir que seguramente es verdad eso de que también en esta hora de la historia es al cristianismo al que toca reconstruir la razón. Porque el cristianismo aún cree en la razón y en la verdad, mientras que, como han visto Francisco y Benedicto XVI, el relativismo está en la raíz del destroz de la naturaleza y del hombre. De modo que es seguramente a los cristianos y a los amantes de la razón a los que toca crear ese modelo alternativo.

Eso significa que va contra el hombre, la naturaleza y la razón, seguir promocionando el ateísmo. La educación en el ateísmo es un gran obstáculo para el cuidado de la naturaleza y del hombre. Benedicto XVI habla en la Caritas in veritate de que existe en nuestro mundo "la promoción programada de la indiferencia religiosa o del ateísmo práctico por parte de muchos países". Pero, añade: "Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre"(CV 29). Lo mismo piensa Francisco, como hemos visto a lo largo de este trabajo. Desde luego, como no vamos sino a la fosa, es siguiendo con una educación chata en un materialismo que Marx llamaría vulgar, y que no propone ya al hombre más que soportar la cadena, pero sin flor alguna.

Necesitamos una praxis nueva, y para ello un pensamiento nuevo y una educación nueva. Lo que no podremos construir sin el cristianismo y sin la herencia de la razón, una razón ampliada que vuelva a reconocer su capacidad para saber de lo verdaderamente esencial. Parafraseando las frases de Francisco y de Bloch antes citadas, yo diría que existe ya

suficiente siembra de ateísmo y de desprecio de la razón. Hace falta un nuevo pensamiento y una nueva educación. Y también, añadiría yo, hace falta pensar mucho la economía, un nuevo modelo económico, si así me puedo expresar. El socialismo ya no existe, ni es ninguna posibilidad real, se ha hecho imposible e indeseable. Y el neoliberalismo se ha agotado y deja a los hombres en el paro y en la destrucción social. Hay que pensar, hay que pensar otra cosa, en una nueva alianza de la razón y del cristianismo. Si se me permite usar una palabra hoy destrozada por las patas de la bestia, pero que tanto quería Bloch, hay que pensar de nuevo la utopía, pero entendida ésta, como dije en su día, como "el anhelo de más humanidad por amor a la humanidad ya encontrada" .

Un anhelo que comienza, en primer lugar, por dar de comer al hambriento y por respetar la casa común, la naturaleza, donde pueda construir una vida plena con dignidad. Siempre esperando en el futuro absoluto que nos aguarda, dice Francisco, porque "estamos viajando hacia el sábado de la eternidad, hacia la nueva Jerusalén, hacia la casa común del cielo"(LS 243). Porque la historia, como la naturaleza, no es azar sin sentido, ni está sometida definitivamente al mal. Nos espera la "fiesta celestial", donde historia y naturaleza alcanzarán su consumación. La esperanza ha de guiarnos. Por tanto, "caminemos cantando", dice Francisco (LS 244).

